

Publicado en: Ricardo Fajardo Hernández (1997): *Folklore de la isla de El Hierro. Tejéguate: 20 años al son del tambor*. Cabildo Insular de El Hierro, 97-101.

## DON BENITO PADRÓN, LA FUENTE FOLCLÓRICA DE TEJEGUATE

**Maximiano Trapero**

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

En líneas generales, se puede decir que hay ahora en el panorama musical de Canarias tres tipos de grupos folclóricos, por lo que se refiere a la condición de sus integrantes y por la manera que tienen de interpretar la música popular.

Los más abundantes son los grupos compuestos por hombres y mujeres jóvenes que quieren recrear los aires y las melodías tradicionales de Canarias, apoyándose para ello en los estilos que han marcado otros grupos folclóricos más prestigiosos, en las maneras de cantar o de tocar de algún solista reputado o en la propia inspiración y buen gusto del director del grupo o de alguno de sus componentes. Suelen ser estos grupos folclóricos de procedencia urbana, o rural, pero con costumbres ya urbanas, quiero decir que para ellos la música folklórica es un producto que hay primero que aprender, y para ello hay que ensayar, y eligen un repertorio ecléctico, de todas partes, un poco de cada una, y deciden vestirse con un atuendo que nada tiene que ver con la vestimenta tradicional de ese lugar, porque seguramente la desconocen, y que subidos al escenario se disponen a interpretar una música que no sienten como suya, sino ajena, de otro lugar, de otros tiempos.

No juzgo aquí el resultado, que puede ser magnífico, en lo musical, en lo instrumental, en el baile o incluso en el vestuario; hablo sólo de la condición de los intérpretes y de su manera de sentir la música que interpretan. Ellos actúan sólo sobre un escenario, ante un público congregado, un repertorio de canciones de aquí y de allá, y después de haber aprendido y conjuntado las distintas cuerdas del grupo.

Otros tipos de grupos son aquellos en que sus componentes son gentes del campo auténticos, que aprendieron los cantos desde niños, de una manera natural, en su propio ambiente, como quien aprende a nadar o a hablar, oyendo y oyendo, y cantando y cantando, en cualquier lugar, en el campo haciendo la labor o en las fiestas para divertirse, en la intimidad de la casa o en la congregación festiva, unos cantando, otros tocando y otros bailando, pero después cambiándose y haciéndolo al revés, porque generalmente todos saben hacer de todo, y que llegado un día deciden juntarse y actuar ante un público. Ellos no necesitan ensayar, a lo más, repartirse los papeles: tú canta, yo toco y que baile Juan. El resultado, cuando quienes lo hacen son buenos, es insuperable, sin tener que atender a la perfección, porque el folklore natural no busca perfecciones, sino autenticidades.

Estos son los menos, casi inexistentes ya, que en la isla de El Hierro tuvieron una representación admirable, la de *Valentina la de Sabinosa y su grupo*. Ellos actuaron poco, porque en su tiempo no se llevaba eso de «actuar», y menos de viajar aquí o allá en las fiestas de los pueblos, pues cada pueblo tenía a sus gentes que cantaban y no necesitaban traer a las ajenas, y de televisión ni pensar, porque entonces no existía. Doña Valentina se hizo famosa en los últimos años de su vida, a partir de la televisión y de un disco que grabó, pero nada nuevo ni mejor hizo para ello que lo que había estado haciendo allá en su pueblo de Sabinosa durante toda su vida, cantar y cantar romances en las medas, arrullar a sus nietos con esos estremecedores arrorros que ella sabía, conmoviendo el aire cada vez que entonaba su misterioso «El lá tinín, el lalá tinána» para que los demás bailaran el tango herreño, la danza más hermosa de

Canarias.

Lo que Valentina hacía era lo que tantos otros hombres y mujeres de El Hierro hubieran podido hacer, y que de hecho hacían en su propio terruño, pero que no tuvieron la oportunidad que tuvo ella de darlo a conocer fuera de la isla y saltar a la fama. Así, Valentina la de Sabinosa es ella misma cuando canta, inconfundible, una referencia insustituible en el folklore canario y un verdadero documento para su historia; pero, a la vez, Valentina es la voz del pueblo herreño en su integridad, así cantaban exactamente los herreños los temas que ella cantaba, los mismos que cantaban todos los de Sabinosa, y el estilo era el suyo propio, sí, pero configurado a base de raíces herreñas, que es como se manifiesta siempre el verdadero folklore, repitiendo y recreando unas maneras seculares de concebir la música del pueblo, sin academias y sin ensayos, pero con mucho amor y mucha sabiduría.

Y existe un tercer tipo de grupos folclóricos que están a medio camino entre el primero y el segundo; son aquellos en que sus componentes resultan de una mezcla pensada y querida de viejos y de jóvenes, de generaciones nuevas que buscan la enseñanza de los mayores, la de quienes aprendieron el folklore de forma espontánea y lo cantaron de manera natural. Estos grupos suelen ajustar su repertorio al tradicional de cada lugar y procuran interpretar sus canciones sujetándose a los moldes tradicionales, aunque no eludan nuevas maneras en la armonización, una instrumentación más rica y mejor conjuntada y unas coreografías más vistosas en los bailes.

De este tercer tipo de grupos es ejemplo el *Grupo Tejeguata* de El Golfo, de la isla de El Hierro, nacido hace ahora 25 años, dirigido desde el principio por Ramón Padrón e inspirado siempre por don Benito Padrón.

Si miramos el panorama de la música canaria, advertimos que hay muchos grupos del primer tipo, pocos del tercero y poquísimos ya del segundo. Y está bien que haya tantos grupos de los primeros, pues ello demuestra que la música canaria gusta de verdad. Pero es una lástima que haya tan pocos del tercer tipo y que tengamos que contar con los dedos de una mano los que quedan del segundo. Para estos últimos ya no hay solución; el folklore, entendido en su estado natural, es ya hoy una cosa del pasado, y los que quedan no son sino una *rara avis*, a quienes vemos con admiración, eso sí, pero más con una especie de curiosidad arqueológica mezclada con simpatía.

Pero de los que sí pudo haber muchos más de los que hay son de los grupos terceros, tipo *Tejeguata* de El Hierro, *Los Magos de Chipude* de La Gomera, *Los Alzados* de Icod el Alto, de Tenerife, o el *Grupo de La Aldea* de San Nicolás de Tolentino, de Gran Canaria. Haber podido contar con la presencia activa de las viejas generaciones de folcloristas naturales en la formación de nuevos grupos folclóricos, justamente en un momento en el que se ha producido una verdadera renovación de la música popular canaria, ha sido una gran suerte, porque con ello se garantiza la pervivencia de las viejas maneras de entender el folklore, las auténticas, las que hacen que el canto popular de un lugar sea él mismo, único, distinto a los demás, y por ello irremplazable.

Y conviene hablar ya de don Benito Padrón, la fuente folklórica en la que ha bebido siempre el grupo folklórico *Tejeguata*.

Benito Padrón es uno de esos hombres cabales, de una pieza entera, que necesariamente han de ser nombrados por el Don. Yo no sé pensar ni llamar a Benito Padrón si no es con el Don: *Don Benito*. Bien sé que en El Hierro suele usarse para los hombres mayores, en general, pero es que en El Hierro hay muchos hombres cabales. Y Don Benito es uno de esos que representa como pocos las cualidades que han hecho del herreño un tipo proverbial. Duros, sanos y fecundos como su propio país, dijo que eran los herreños Viera y Clavijo, y añadió que tenían los cuerpos bien fornidos, eran blancos y rubios por lo común, frugales, sobrios, laboriosos y de natural compasivo. Algo más dijo de los herreños un hombre ilustre de Tenerife, Juan Antonio Urtusástegui, que visitó la isla de El Hierro en el siglo XVIII: que eran muy honrados, caritativos y generosos, incansables en el trabajo, pero alegres y festivos, a la

vez, más amantes de su patria que ningún otro y dueños de un dulcísimo hablar.

¿Que ese es un retrato de los hombres antiguos? Sí, pero es que, en el caso de los herreños, esas cualidades no se han perdido. Quien quiera comprobarlo que pregunte por Don Benito Padrón, en Tigaday, casi con toda seguridad lo encontrará en su bodega, trajinando con esto y con lo otro. Que lo vea y hable con él, y allí encontrará la reencarnación prototípica del proverbial herreño. Yo no puedo ir a El Hierro sin pasar por la bodega de Don Benito, a hablar, a oírle hablar. ¿De qué? A Don Benito no es necesario preguntar por nada en especial. Siendo yo casi un preguntador profesional, mezcla de dialectólogo, antropólogo, etnólogo y otras varias cosas, de Don Benito me interesa todo, pues todo en él es visión que pertenece a un pueblo entero, no a una persona individual. ¡Se aprende tanto en un rato de conversación con Don Benito! ¡Y es tan dulce y manso su hablar! Aunque sólo sea por oír hablar a Don Benito, tan pausado, con una fonética tan perfecta y una precisión semántica que para nosotros, los de la ciudad, quisiéramos, vale la pena ir a visitarlo a su bodega de Tigaday.

Y entre las cosas de que Don Benito habla está el folklore. En realidad, todas las cosas que Don Benito hace, y de las que sabe, y de las que habla, no son sino folklore, en el pleno y primigenio sentido de esta palabra, pues todas reflejan el saber popular, no de una persona en particular, sino de un pueblo entero. Haber tenido, por tanto, el *Grupo Tejeguata* por maestro a Don Benito Padrón ha sido una suerte y toda una garantía. Lo ha sido para ellos, por supuesto, pero también lo ha sido para todos nosotros, los simples oyentes y admiradores de la música de El Hierro, porque sabemos que es auténtica, que lo que canta y recrea ahora *Tejeguata* en sus discos no es sino lo que cantaron de manera natural los herreños en su vida ordinaria durante siglos, lo que Don Benito cantaba cuando en la era movía la mies, cuando en la higuera cogía los higos, cuando en el cantero labraba la tierra, cuando en el solladío bailaba el tango, cuando en las reuniones festivas cantaba la meda o cuando en la Bajada de la Virgen tocaba el pico y el tambor.

Ese es para mí el mérito principal del *Grupo Tejeguata*, el que durante 25 años se haya dedicado a cantar y recrear lo que en realidad sabía hacer bien, lo suyo propio, sin andar metiendo con calzador en sus repertorios discográficos temas y aires folclóricos ajenos a la isla de El Hierro y ajenos también a sus hábitos musicales.

Al *Grupo Tejeguata* se debe también, en gran medida, el que, aparte sus discos, la música viva y auténtica de El Hierro se haya oído por todas las Islas, en festivales organizados, en romerías, en las fiestas de cualquier pueblo canario. Yo he presenciado muchas veces la simpatía y el fervor del público asistente cuando, llegado el turno de actuación del grupo representante de El Hierro, los de *Tejeguata* aparecían redoblando sus enormes tambores, tañendo sus pitos cantarines, bailando el baile de la Virgen, enarbolando la bandera española (siempre la bandera española) y llevando con orgullo e inmenso amor esos trajes blancos y altos gorros multicolores que les hacen inconfundibles. Y he oído decir a la gente con admiración: ¡Es el Hierro! Sí, en efecto: *Tejeguata* ha representado a El Hierro en el exterior durante 25 años, dignamente, entusiastamente, con los mejores y más universales valores que un pueblo tiene: sus cantos y sus bailes.

Mi admiración y mi reconocimiento, pues, por el *Grupo Tejeguata*, personificado muy especialmente en Ramón Padrón, su director, que ha tenido el enorme mérito de dedicar 25 años de su vida, en cuerpo y alma, a la noble tarea de dignificar a su pueblo, a su isla entera. Y, además, porque ha tenido siempre el buen sentido de escuchar la voz de la tradición, en los consejos de su padre Don Benito, sin dejarse llevar por las modas musicales momentáneas. Y mi admiración y mi cariño a Don Benito Padrón, alma despreñada y generosa, que ha legado a las nuevas generaciones lo que la tradición acumuló en él. Don Benito, un hombre realmente bueno, en el pleno e inmenso sentido que tiene la palabra bueno.